BIBLIOTECA LIGERA

PARA USO

DE TODO EL MUNDO

POR

F. S. y S.

XCI.

Más sobre el jesuitismo.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

BIBLIOTECA LIGERA,

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

1. ¿Hablemos de religión?—2. ¿Quién se ocupa de eso?—3. ¿En qué quedamos: hay o no hay Dios?—4. La razón de la sinrazón.—5. ¿Si seré yo algo más que un bruto animal?—6. Bueno; pero el alma nadie la ha visto.—7. ¿Qué me cuenta V. del otro mundo?—8. Los amigos del pueblo.—9. ¿Y si le hay?—10. ¡A confesar!—11. ¿Soy católico?—12. Amigo leal.—13. Jesucristo y el Evangelio.—14. ¿Milagros? No soy tan bobo.—15. No me hable V. del Papa.—16. Padre Nuestro, Ave María y Gloria.—17. ¿Y cómo no hay ahora milagros?—18. Yo no creo sino lo que comprendo.—19. ¿Y eso de la Bula?—20. Libertad, igualdad, fraternidad.—21. La santa Cuaresma.—22. Muerte y juicio.—23. Infierno y gloria.—24. Querer es poder.—25. Esos curas ¡los hay tan malos!—26. Bueno

MÁS SOBRE EL JESUITISMO.

Aquel amigo del alma, con quien tuve pocos dias atrás la tan famosa controversia sobre *El bu del jesuitismo*, no me deja desde entonces ni en sol ni en sombra, moliéndome con el susodicho tema, al que por lo visto ha tomado particular afición. Sígole la broma, que en eso no hay pecado, sino muy al revés, puede llegar á haber verdadera obra de caridad.

—Pero ¡vaya en gracia! deciale yo días atrás. Eso que del jesuitismo y de sus horrores me habéis tantas veces relatado, será sin duda únicamente por lo que toca al elemento católico eclesiástico, es decir, al que viste de largo. No serán así los católicos de frac ó chaqueta. Esta es gente así más al uso, más despreocupada.

—¿No? Pues precisamente para ésta inventamos tiempo ha nosotros la frase: *Jesuitas de sotana corta*. Son los peores, amigo mio, son los peores. Hasta las mujeres, sí, señor, hasta las mujeres jesuitean que es un asco y una compasión... Si V. supiera... Hasta seglares, hasta mujeres pertenecen á esa negra conspiración que se llama jesuitismo. ¿No observa V. ese hervidero de *Asociaciones de católicos* y *Academias de Juventud catolica* y *Ateneos católicos* y demás por este tenor que,

como hongos en otoño, han brotado desde la Revolución acá en toda esta tierra de España? ¿Recuerda las célebres *Conferencias de San Vicente de Paúl*, con su compacta organización, con su red de Juntas, central, provinciales y de localidad, con sus Revistas y boletines, etc.? Pues todo esto, no lo dude V., es jesuitismo puro, y no le busque otro nombre. Y esas Cofradías y Congregaciones, esas corrientes eléctrico-piadosas bajo el lema del Sagrado Corazón de Jesús ú otro cualquiera, esas romerías que en toda Europa, y particularmente en España, asordan los aires con el clamor de sus plegarias, esa agitación sorda, ese estremecimiento vago, ese no sé qué, ese inesperado fervor que de algunos años acá parece circular por las venas de nuestro pueblo, y en especial de nuestra juventud, ¿á qué otra causa

deben atribuirse sino al pícaro jesuitismo? Y esa prensa religiosa, esa prensa audaz como ella sola, que desde el mejor periodicazo de la capital hasta el último periodiquillo provinciano se bate en todo el mundo con tanto brio, invadiéndolo todo, manejando todas las armas, hablando ora en serio, ora en broma, siempre empero con unidad de plan, siempre en oposición con la Revolución y las conquistas del siglo y la civilización moderna, dígame V., ¿no la ve toda dirigida, inspirada por el negro jesuitismo?—

Al llegar aquí mi interlocutor, no pude sostener ya la afectada admiración con que tanto rato le había mirado navegar á vela tendida por el ancho mar de sus aprensiones jesuíticas, y soltando una sonora carcajada largo tiempo comprimida, — ¡Pardiez! ex-

clamé, ¡que acabáis de darme, amigo mío, el rato más feliz que tuve jamás en mi vida! ¿Con que es jesuita el Papa, y son jesuitas los Cardenales, y son jesuitas los Obispos, y lo son los Curas todos, y lo es todo el pueblo fiel que cree y cumple los Mandamientos? ¿Es decir que es jesuita todo católico por el mero hecho de ser tal, y sólo podrá librarse de la sospecha de jesuitismo aquel que no tenga muy limpia y corriente su cédula de catolicismo? ¡Ah! Largo tiempo lo sospeché; hoy tengo de ello completa evidencia. Óyelo tú, pueblo mío, á quien tan frecuentemente embaucan con necias palabrotadas tus falsos amigos; óyelo tú, y tenlo siempre grabado para tu instrucción en la memoria. Hay una Orden religiosa que se llama Compañía de Jesús, como hay otra que se llama de Dominicos, de Franciscanos ó de

Carmelitas. Y esta Orden vive como viven todas en la Iglesia de Dios, con Regla de todo el mundo conocida, con Estatutos públicos que puedes leer y examinar siempre que te dé la gana. Nada aquí de misterios ni de secretos. No hay aquí arcanos más que para los malvados y los ignorantes. Y dicha Orden tiene, como todas, amigos y enemigos: los primeros son los buenos cristianos, los que aman lo que la Iglesia ama, los que siguen lo que la Iglesia sigue; los segundos son toda esa falanje de todo color y de toda raza que forman el ejército del mal, ateos, materialistas, librepensadores, católicos de solo nombre, en suma, todo lo que constituye esta legión infernal conocida un siglo ha en el mundo con el nombre de *Revolución*. Tal es la Compañía de Jesús, tal es su situación actual en Europa.

Pero el *jesuitismo* es otra cosa en el lenguaje y sentir de los declamadores que acabas de oir. El jesuitismo no son precisamente los Jesuitas. El jesuitismo es la moral católica, el culto católico, los dogmas católicos, la influencia católica, la legislación católica, los sacerdotes católicos, las Sociedades católicas, la prensa católica, la literatura católica, el arte católico; en menos palabras: el jesuitismo es el Catolicismo. Pero como en los labios de ciertas gentes algo mojigatas aún, ó no reñidas del todo con sus propios intereses, todavía suena mal decir claro y limpio: ¡Abajo el Catolicismo! se modifica algún tanto la frase para que no se escandalicen los tontos, y se dice: ¡Abajo el jesuitismo! Porque, eso sí, la máscara es tan necia, que ya sólo los tantos de capirote pueden no conocerla. Pero ¡como los tontos son

muchísimos!... sucede que no se conoce ó no se quiere conocer aquel escamoteo, y se persigue buenamente al Catolicismo, creyéndose ó afectando creer que la guerra es sólo contra el jesuitismo. He aquí la verdad; los impíos más francos no me dejarán mentir. Más leal anduvo pocos dias ha un desgraciado periodista que dijo sencillamente que hoy por hoy no habia de haber otro grito de guerra que el del *ilustre* Voltaire: «¡Aplastad al Infame!» Y este Infame es Nuestro Señor Jesucristo. Así me gusta. Vale más así, y no andarse por las ramas con disfraces y rodeos. Pero no á todos conviene esta táctica, que á nosotros nos fuera tan ventajosa. ¡Qué día será aquel en que la veamos decididamente empleada! Lo que conviene, sí, al infierno y á sus amigos, es blasfemar sin que parezca que se blasfema; abo-

gar traidoramente con el ademán de dar un abrazo de paz. Esto es lo que se usa tiempo ha; esta la táctica que el infierno no dejará, porque sabe le va bien con ella. Esta es la que ha inventado y puesto de moda el clamar contra el *jesuitismo*. Y los cándidos que en odio *del Infame* proponen otra, son pobres novicios en el arte, cegados por la pasión, que no saben lo que se pescan.

Pues bien. De esto sacarás para tu uso las reglas siguientes:

Puesto que lo que le duele hoy á la Revolución es lo que se llama con más ó menos fundamento el *jesuitismo*, jesuitas hemos de ser todos los católicos, hasta donde pueda cada cual. Sea nuestro modelo en todo la esclarecida Compañía. En completa sumisión á la Cabeza de la Iglesia; en la organización compacta de sus individuos; en

la ortodoxia intachable de la doctrina; en la austeridad rigurosa de las costumbres; en el apartamiento de todo espíritu mundanal; en la cultura de la inteligencia para el mejor servicio de la verdad: en todo esto tenemos admirables maestros en los Padres Jesuitas.

¡Gran gloria es para la Compañía ser considerado su nombre por los enemigos de la verdad como la mejor personificación del Catolicismo en nuestros dias! ¡Gran gloria es parar y recibir sobre sí esta hija los golpes principales con que se pretende herir á nuestra Madre! Amemos, pues, á la Compañía, y no nos hagamos, por Dios, con miserables preocupaciones aliados inconscientes de la guerra vil que hace hoy la impiedad contra ella y contra el Catolicismo. Bástenos verla la primera en sufrir el ataque para

que la creamos la más digna de nuestras simpatías. No la aborreciera tanto la Revolución si la temiera menos. Hagámonos un deber, en este punto como en otros mil, hagámonos, repito, un deber el defender todo lo que ésta ataca, y atacar todo lo que ésta defiende, y sin necesidad de ulteriores raciocinios tendremos pauta segura. Quien por falta de estudios no tenga otra aguja de marear, guíese con ésta, que nunca le engañará. Dígale cada cual á su prójimo, sea quien fuere: «¿Te aplauden los enemigos de la Iglesia? Malos andamos: debo empezar á desconfiar de ti.» Al revés: «¿Te persiguen los impíos, te ultrajan, no te dejan punto de reposo? ¡Magnífico! No puedo ya equivocarme. Posees el signo infalible de la verdad, el odio de los enemigos de ella. *Signum cui contradicetur*.»

Puesto que, como hemos visto y según el lenguaje que cada día oimos á nuestros enemigos, el verdadero jesuitismo no es otro que el Catolicismo, aprendamos, amigos míos, á saber lo que quiere decir el enemigo cuando vocifera á todas horas que es preciso *extirpar de Europa el jesuitismo. Catolicismo* quiso decir, y paz con todos. Pero por lo mismo esto ha de tranquilizarnos en gran manera. Jesús ha prometido reinar en el mundo hasta la consumación de los siglos. Seguro está, pues, el jesuitismo. Puede desaparecer la esclarecida Compañía. Dieciséis siglos vivió el Catolicismo sin ella. Mas no desaparecerá hasta haber llenado la misión providencial que la trajo felizmente al mundo en el siglo décimosexto. Por de pronto ve aumentarse extraordinariamente el cuadro de sus individuos, precisamen-

te desde los últimos años de persecución. Pero aun después que hubiesen desaparecido los Jesuitas, lo que no se borraría de la tierra es el *jesuitismo.* ¡Ah! ¡eso no! *Christus heri et hodie ipse et in sæcula:* Cristo ayer y hoy y por todos los siglos. Revuélvanse, pues, contra el jesuitismo pueblos y Gobiernos; tramen contra él repúblicas y monarquías, perórese con más ó menos pulcritud en los Parlamentos, ó chillese con más ó menos grosería en las tabernas y plazuelas... ahí se estará clavada la cuña del jesuitismo en el corazón de Europa, sin que logren arrancarla de él humanos esfuerzos. Subirá quizá aún más la marea revolucionaria, pero no pasará del límite que Dios ha fijado á todas las borrascas; puede que como en los días del diluvio llegue á cubrir con sus aguas corrompidas la cima de los montes

más elevados. ¡No temáis! La Iglesia católica, ó el jesuitismo, como dicen por ahí, tiene recibida y asegurada la promesa de sobrenadar siempre como la otra arca milagrosa depositaria de las esperanzas del género humano, y una vez calmada la tempestad presente, volverá á rejuvenecer con sus dones al mundo y á prepararse para nuevos combates.

¡El jesuitismo! ¡Ah! ¡Y qué graciosos están los que le tienen hoy día miedo al jesuitismo! Al antijesuitismo debieran más bien temer; contra ése les sería más prudente vivir armados ó siquiera prevenidos. El antijesuitismo es la fiera que va á devorar las modernas sociedades en justo castigo de su prevaricación, si Dios no se apiada misericordiosamente de ellas. Ved su *negra mano* aparecer siniestra en medio de la embriaguez de nues-

tra civilización, como la que viera en las paredes de su festín el impío Baltasar. Negra mano, que en medio del ruido de nuestras orgías y del esplendor de nuestras riquezas escribe sentencia de muerte contra la sociedad criminal, apóstata de su Dios. Negra mano, que ella misma lo dice, es la mano del antijesuitismo. Jesuitismo, pues, para hacer volver á sus cavernas esa mano horrible; jesuitismo para detener la acción de esa mano vengadora; jesuitismo para salvar al mundo que el infierno quiere devorar, y que sólo por Jesús y por el jesuitismo puede ser salvo.

Jesuitismo y no hay otra salvación, que ya lo dijo San Pedro: «No se ha dado á los hombres otro nombre por el cual puedan ser salvos.» Jesuitismo en la enseñanza, jesuitismo en la política, jesuitismo en el doméstico ho-

gar, jesuitismo en el campo y en las ciudades, jesuitismo en las oficinas y en las fábricas, jesuitismo en todo si no está perdido todo con irremediable perdición.

Esto, esto se debe contestar á quien hable de jesuitismo y toque á somatén contra ese *bu:* esto y nada más.

A. M. D. G.